



**LECTIO DIVINA, DOMINGO XXX, CICLO A,
(Mt 22, 34 - 40)**

P. Juan José Bartolomé, sdb

Hay quien dice que el evangelio de este domingo es ya sabido, porque lo ha escuchado muchas veces. Tal vez no encuentra nada nuevo, pero Jesús tiene una gran noticia para todos: 'Amar sin medida a Dios y al prójimo es la razón de ser y de hacer de todos los bautizados'.

Estos versículos quieren decirnos que ser discípulos de Cristo es poner en práctica sus enseñanzas, que se resumen en el primero y mayor de los mandamientos de la Ley divina: 'el mandamiento del amor'.

Decimos que queremos a Dios, pero nos cuesta comprender y más todavía vivir lo que Él quiere de nosotros. Amar implica vivir en Dios, con Dios y para Dios, amando al hermano. El amor cristiano va más allá del simple afecto relacional, y llega a amar, dando vida, como Cristo la dio.

SEGUIMIENTO:

- 34. "En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, se unieron en grupo,**
- 35. y uno de ellos, que era experto en la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba:**
- 36. «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?»**
- 37. Él le dijo: «"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser."**
- 38. Este mandamiento es el principal y primero.**
- 39. El segundo es semejante a él: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo."**
- 40. Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas.»**

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice

Mateo ha convertido en *agrio debate sobre la Escritura* lo que en su fuente era una sencilla discusión (Mc 12, 28-34): tras la victoria dialéctica de Jesús sobre los saduceos (Mt 22,23-33), los fariseos se ven obligados a recurrir a

un perito para poner a prueba a Jesús, reconocido como 'el Maestro'. Él respondió a quienes lo cuestionaron de manera muy directa. Les dijo una vez más que el mandamiento más importante es el amor.

La cuestión parecía lógica, dada la multiplicidad de preceptos que incluía la Ley, pero Mateo aprovechó la ocasión para poner en claro lo que ellos sabían, pero no comprendían.

Esos hombres quisieron tenderle una trampa a Jesús, pero no lo lograron. La respuesta que Él les dio fue tradicional, y ortodoxa. Supo combinar muy bien los dos mandamientos de la Ley.

El Maestro citó el Shemá, oración que el israelita piadoso reza sobre todo por la mañana y por la tarde (cf. Dt 6, 4-9; 11, 13-21; Nm 15, 37-41).

En sus palabras estaba el amor absoluto y totalizante a Dios (Dt 6,5) y el amor al prójimo, medido según el amor propio (Lv 19,18).

El evangelista no dice que haya habido una reacción contraria en los sus interrogantes, porque no podían estar en desacuerdo con Él.

El evangelista puso en el mismo nivel los dos preceptos: si bien, uno es el principal, el segundo, semejante a él, pide amar al prójimo. Sin ser idénticos ni equivalentes, son afines e imprescindibles uno del otro.

Para cerrar la discusión, Jesús dijo que los dos son señal inequívoca de que se cumplen la Ley y los profetas, porque ambos amores son muy necesarios; no depende del afecto que nos merezcan Dios y el prójimo, sino de la obediencia a Dios, y quienes no los viven, no comprenden lo que Él quiere de sus hijos.

De ese doble amor depende la vivencia de la Ley. El amor, en su doble dirección es soporte de la Ley. Quien ama a Dios y a los demás, sin perderse en cosas accidentales y secundarias, la cumple; sin amor, todo lo que podemos hacer es solo apariencia.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

Frente los 248 preceptos, y las 365 prohibiciones, que se encontraban en la ley judaica, se puede comprender la perplejidad de quienes, en tiempos de Jesús, estaban interesados por cumplirla: si todo era querido por Dios, nada podía ser olvidado. Pero, ¿qué era lo más importante de todo lo que se debía hacer y más aún, que se podía dejar de lado?

La respuesta de Jesús centra el problema y da un criterio para discernir dónde se juega el cumplimiento de la ley: no es lo decisivo la cantidad de lo obedecido, sino la calidad y la razón por la que se hacen o se dejan de hacer las cosas.

Jesús enseña cómo amar a Dios y a la humanidad. Obediente al Padre y comprometido con la salvación de todos los seres humanos, llegó hasta morir en la cruz.

- Dios nos pide amar de verdad, no solo prometer amar a alguien en un momento muy efusivo y motivante. Amarnos a lo cristiano es controlar nuestros egoísmos y favoritismos afectivos, que tanto dañan a nivel personal

y comunitario y saber amar a todos, con un amor libre de prejuicios, porque son nuestros hermanos.

Los contemporáneos de Jesús querían cumplir los preceptos de la Ley y buscaban hacer la voluntad de Dios hasta en las minucias más insignificantes. Ellos tenían muchísimos preceptos. Al escuchar a Jesús no sabían qué pensar.

- Lo esencial en el cumplimiento de la ley *no está en hacer con escrúpulo lo permitido o lo prohibido, sino cómo hacemos una u otra cosa, para agradar a Dios y a nuestro prójimo. Estar entre los que quiero no es una prueba de amor, sino de autosatisfacción, que hago inconscientemente. ¡Cuántas llamadas! ¡cuántos what app a quienes son mis preferidos! ¿Por qué he borrado de mi lista a ...? ¿Amo? ¿No será que me busco sin darme cuenta satisfacciones personalistas?*

No cumplir un precepto significaba no cumplir con Dios. Pero ese cumplimiento automático era agobiante e inútil: ¿Quién podría ufanarse de haber observado todos los 248 preceptos y no haber transgredido ninguna de las 365 prohibiciones? ¿Qué era lo más importante? ¿Qué quería Dios de los suyos?

La respuesta de Jesús a los fariseos les pedía lo que no querían escuchar, porque los comprometía y en qué forma. Amar a Dios, totalmente y sin excepciones, dando primacía al amor, era una propuesta para vivirla, no solo para aprenderla de memoria y almacenarla en la conciencia.

Jesús confirmó la importancia de todos los preceptos de la ley, y los resumió en el amor a Dios y al hermano. No quería que los creyentes se atuvieran a lo que mandaba o prohibía la ley, sino a obedecerle amando siempre y a todos.

En el servicio a Dios, lo que no se haga por amor, no tiene razón de ser. *Lo primero que Dios pide de los suyos no es la obediencia puntual ni el seguimiento estricto a su voluntad, sino el amor total y personal. Esa es la forma de demostrar qué tan cristiano se es.*

- El Dios de Jesús nos quiere capaces de amar. Si no nace dentro de nosotros el amor para hacer o no hacer las cosas, nos moveremos como las máquinas, que hacen mucho, porque están programadas, pero no por amor.

Podemos hacer muchas actividades pero no por Dios ni para agradarlo..
¿Queremos ser de verdad más hijos suyos y más hermanos unos con otros?

¡Cuántas veces obramos con exactitud, pero legalísticamente! No nos portamos como hijos de Dios, sino como siervos, preocupados por el temor, considerando a Dios como patrón y no como 'padre nuestro'.

Del amo se espera un salario. De Dios una relación paternal que nos haga cada vez más consciente de su pertenencia a su familia. Del amo se espera un pago, de Dios un espíritu que hace posible la cercanía a Él y al prójimo, con el

que se ha hecho posible la hermandad en Cristo y gracias a su entrega. Hacer el querer de Dios, sin quererle a Él de corazón, hace inútil cualquier esfuerzo.

- Una obediencia, por muy exigente y cuidada que sea, no sirve de nada, si no es fruto de un amor sincero y desinteresado a Dios y en Él al hermano. ¿Qué es lo que me mueve a obrar? ¿Lo que hacemos es expresión del amor que tenemos a Dios y a quienes Él ha querido que nos estén cerca?

La obediencia debida a Dios es cuestión de amor; *amarle es siempre lo primero y lo más importante*. Dios quiere convertir a sus siervos en hijos: de ahí que imponga el amor sobre todo y con todas las fuerzas a quien le quiera obedecer.

- ¡Cuántos queremos cumplir la ley de Dios y nos sentimos orgullosos porque sabemos los preceptos, pero Él no nos pide un conocimiento sino su vivencia.

Nos creemos buenos, pero no hacemos lo que Dios nos ha pedido para que seamos buenos de verdad. Nos dispensamos el fiel cumplimiento del amor, porque amar pide mucho a nuestro ego, que siempre se propone salir con la suya.

¿Qué nos mueve a cumplir con Dios y con lo que Él nos pide? El observar su ley sólo por miedo a recibir un castigo, no nos hace hijos suyos ni nos hermana con Cristo y con nuestro prójimo.

III. ORAMOS nuestra vida desde esta Palabra



Padre Bueno: Tú eres nuestro verdadero y único Dios a quien queremos amar y servir con todo nuestro ser, con nuestra alma y con nuestro corazón. Haz que seamos capaces de amar de verdad, haciendo a un lado nuestro egoísmo. Haznos solidarios, capaces de hacer de nuestra vida, un don para los demás.

Nuestro mundo está perdiendo la alegría de amar, de dar y de recibir. Que sigamos el ejemplo de Cristo Jesús, teniendo el amor como razón y causa de lo que somos y Hacemos, día a día. **¡Así sea!**